

Gracias al orden y a las costumbres laboriosas de Israel, se formó un gran número de familias ricas y considerables; pero por cualquier lado se ofrecía la nación como una plaza abierta a los ataques exteriores. No podía fundarse nada sólido. No bastaba luchar con cananeos, filisteos, moabitas y amonitas. «Los habitantes de la tienda», como se llamaba a los madianitas y amalecitas nómadas, los árabes del gran desierto de Oriente, conocidos con el nombre general de Beni Qadem u orientales (sarracenos), efectuaban frecuentes invasiones. Venían sobre sus camellos, especialmente después de la sementera, y acampaban en los campos, destruyendo la cosecha naciente, igual que nubes de langosta. Llegaban hasta Gaza, donde los detenían los filisteos, y luego volvían al desierto, llevándose los ganados y las bestias de carga.

Con estas invasiones anuales aterraban a la población, que no se atrevía a aventar en las eras al aire libre. Cuando se acercaban los saqueadores, los israelitas se metían en cavernas de la montaña, donde se creaban acrópolis improvisadas. Posteriormente se atribuyeron a esta época las cavernas fortificadas y las *masadas* o cimas cubiertas de guijarros, corrientes en Palestina, y que, en efecto, sirvieron varias veces de refugio a la gente de la llanura contra súbitos ataques.

Una familia manaseíta, y, por lo tanto, josefita, la de los Abiezer, que vivía en Ofra, al Oeste de Siquem, tomó en este triste estado de cosas una gran importancia y estuvo a punto de dar a Israel la dinastía que realizaría su unidad. Estos Abiezritas eran hombres muy arrogantes y hermosos, héroes, semejantes a hijos de rey. No eran servidores exclusivos de Jehová: levantaban altares a Baal y a Astarté y reservaban su jehovahismo para los oráculos del *efod*, especialidad de Jehová. Actuando así, creían que no le agraviaban, así como los latinos pensaban que no ofendían a la Fortuna Prenestina honrando a Júpiter y a Neptuno.

Jehová fue siempre un dios disgustadizo que no admitía rivales. Había cierta lucha en aquella importante familia israelita, entre las diferentes tendencias que se distribuían la conciencia de Israel. Joas, jefe de la familia, tenía un altar de Baal, coronado por una Astarté de madera; todos los días ofrecía en el altar el sacrificio de un toro. Su hijo mayor, hombre soberbio y vigoroso, verdadero *gibbor*, se llamaba Larebaal (el que teme a Baal), y empezó por consagrarse al culto de este nombre divino. Hay que pensar que Ofra estaba en el centro de los pueblos cananeos de la costa. La gran población del lugar practicaba el culto de Baal y de Asera o Astarté. La confusión religiosa era grande. El Baal Berit de Siquem contrarrestaba todavía en estos lugares la fortuna de Jehová.

Por motivos que ignoramos, Larebaal se inclinó hacia el culto exclusivo de Jehová. Se atribuyó más tarde esta conversión a una visión, y es posible que en el caso de Larebaal, como en lo que se cuenta de Moisés, existiera algún hecho perceptible. Larebaal, al parecer, contempló una de aquellas apariciones de llama, en las que se creía que se revelaba Jehová. Un día que estaba aventando trigo, creyó ver a Jehová o al ángel

de Jehová. En este tipo de apariciones, se creía que había que ofrecer al *maleak* una comida para calmar su hambre. Larebaal preparó un cabrito y una torta sin levadura, y habiendo puesto la carne en una cesta y el jugo en una olla, lo llevó todo debajo de un terebinto, y se lo ofreció al *maleak*, que le dijo: «Coge la carne y las tortas y ponlo todo en esa peña, y tira el caldo.» Jehová tocó la carne y las tortas con la punta de un palo que tenía en la mano. Entonces salió fuego de la roca y devoró la carne y las tortas, y Jehová desapareció. Larebaal comprendió que había visto a Jehová y se asustó mucho, porque creyó que iba a morir, pues aquel dios no permitía que se le viese cara a cara. Jehová lo calmó y Larebaal le erigió un altar que llamó *Jehová-Salom*, que duró mucho tiempo en Ofra de los abiezritas.

Desde entonces Larebaal fue un servidor fervoroso de Jehová. Y Jehová, como hemos dicho, era un dios celoso; no quería a los otros dioses, ni a los más tolerantes. Una noche salió Larebaal con diez servidores y destruyó el altar de Baal con la Asera, que estaba encima. Al día siguiente hubo una sublevación en la ciudad y en casa de su padre. Se pidió a Joas la muerte del sacrilego. Joas contestó que el dios era quien debía vengar su ofensa. Lo que sí es cierto es que Larebaal se decidió por el culto de Jehová y tomó el nombre de Gedeón. Erigió un altar a Jehová en la Acrópolis de Ofra y ofreció un holocausto con la madera de la Asera que había derribado. Parece que su familia imitó este ejemplo.

Dar culto a Jehová era sinónimo de patriotismo israelita. Convertido al culto religioso de Jehová, Gedeón fue, como Débora, un campeón ardiente de Israel. Más adelante veremos que David unifica definitivamente a Israel en nombre de Jehová. Toda acción central se hacía en nombre de éste, y por esto se llamó libro de «las Guerras de Jehová» al de las victorias de Israel. Pronto tuvo ocasión el héroe abiezrita de servir a su nuevo dios como a éste le agradaba.

Los madianitas, los amalecitas y los sarracenos invadieron la llanura de Jezrael, bajo el mando de los jefes Zebah y Salmunna. Encontraron en el Tabor a israelitas de buena raza, a quienes mataron, y que eran, al parecer, parientes de los abiezritas. Gedeón reunió a éstos, envió mensajeros a todo Manasés, recibió auxiliares de Aser, Zabulón y Neftalí, y animado por varias señales que le aseguraron que Jehová ayudaría, fue a acampar en los montes Gelboé, cerca del Ain Harod.¹ Los madianitas estaban enfrente, al pie de la pequeña sierra de Moré, llamada hoy Djebel Duhi. Gedeón consiguió vencerlos, al grito de «¡Por Jehová y por Gedeón!»

Los madianitas, en lugar de cruzar el Jordán por donde lo habían atravesado algunos días antes, se inclinaron al Suroeste, hacia Betsean, y luego hacia el Sur. Gedeón, viendo que tenía pocos hombres para perseguirlos, exhortó de nuevo a las tribus del Norte e invitó a los efraimitas, que hasta entonces no se habían unido a él, para cortar los vados del Jordán a los madianitas. Los efraimitas acudieron al llamamiento de Gedeón. Al salir de Abel Mehola, se dividieron los madianitas en dos gru-

1. El mismo campo de batalla, poco más o menos, donde después pereció Saúl.

pos. Uno pasó el Jordán, guiado por Zebah y Salmunna, y el otro siguió bajando el Ghor para buscar los vados del Sur. Los efraimitas, cortando directamente hacia el Este, alcanzaron a este grupo hacia el Bajo Jordán y lo derrotaron en dos localidades llamadas el Peñón de Oreb o sea del Cuervo, y el Lagar de Zeeb o del Lobo. La leyenda popular creyó que ambos nombres eran los de dos jefes madianitas muertos en aquel lugar.

Mientras tanto Gedeón cruzó el Jordán con sus tropas en persecución de Zebah y Salmunna y entró en el valle del Labbok. Los gaditas de Succoth y de Penuel tendrían que haberle ayudado, pero no lo hicieron, y muchos se negaron a suministrar pan a los abiezritas. Aquellos israelitas de allende el Jordán tenían poco patriotismo o mejor dicho temían mucho a los beduinos. No querían comprometerse con vecinos peligrosos, contra los que no podían protegerlos constantemente las tribus del Oeste. Gedeón persiguió a los beduinos hasta el camino llamado de los «habitantes de las tiendas». Los derrotó en Gargor y luego aprisionó a los dos reyes Zebah y Salmunna. «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?», preguntó a los dos reyes. «Parecidos a tí —dijeron—; todos eran hermosos como hijos de reyes.» Y Gedeón dijo: «Eran mis hermanos, hijos de mi madre; si los hubieseis dejado vivir yo no os mataría ahora.» Y dijo a su hijo mayor, Leter: «Levántate y mátalos.»

El joven vacilaba para matar a estos héroes, y Gedeón los mató él mismo y se apropió de las medias lunas que llevaban al pescuezo sus camellos. Al regresar por Succoth y Penuel, castigó cruelmente a los habitantes de las dos ciudades por la manera en que se habían portado con él cuando pasó por aquí y por primera vez.

La vuelta de Gedeón desde el Jordán fue un triunfo. Su estatura, su hermosura, su fuerza, lo convertían en verdadero rey. La expedición que con sus abiezritas había hecho hacia el centro de las tribus árabes del Este, le había proporcionado tesoros. Aquellas tribus árabes, conocidas con el nombre de *ismaelim*, se habían enriquecido mucho con el comercio. El botín que obtuvieron llamó mucho la atención de las tribus laboriosas y pobres de Israel. Había montones de anillos de oro, collares y medias lunas para el cuello de los camellos, pendientes formados por una sola perla, ricos trajes de púrpura para los reyes. Gedeón se quedó con buena parte del botín; lo demás correspondió a los abiezritas. En cambio los efraimitas se mostraron descontentos, porque Gedeón los había llamado tarde. Se encargaron de la parte menos ventajosa de la campaña, la de perseguir a los rezagados madianitas que no habían podido repasar el Jordán. No participaron del pillaje de los grandes campamentos del Este. Gedeón los calmó con buenas palabras, halagando su amor propio.

Esta campaña de Gedeón fue muy importante. No se conservan los cánticos que originó, pero se creó una leyenda que puede compararse con los episodios más hermosos del *epos* griego. Se relató como simbólico el siguiente sueño: Una hogaza redonda de pan de cebada fue rodando como una rueda de carro, y tropezó en el carro madianita, echando abajo las tiendas y demoliéndolo todo. La hogaza representaba

el agricultor israelita, que a pesar de su pobreza lograba acabar con el nómada. La victoria de Gedeón fue realmente un hecho capital en la historia del semitismo sirio. El hebreo establecido, al fin se impuso a aquellos congéneres suyos que seguían llevando la vida que él había tenido antes. Madianitas, amalecitas, israelitas y beniqedem estaban confinados en sus desiertos al Sur y al Este de Palestina. Los sedentarios consiguen defenderse en su casa, incluso faltándoles, como a los israelitas, el poder central permanente. Gedeón parecía el designado para dar a Israel aquello de que en este aspecto carecía. Era alto, robusto y valiente. La campaña contra los madianitas del desierto oriental le había dado riqueza y trajes regios. Tenía en Ofra un numeroso serrallo y concubinas cananeas en varios lugares, especialmente en Siquem. Tuvo hasta veinte hijos.

Por lo tanto era el más indicado para realizar lo que hizo David más adelante: por una parte, la unidad monárquica y la legitimidad dinástica en Israel; por otra, la fusión de cananeos e israelitas en una sola raza. Pero el culto a Jehová en ninguna época fue monárquico. El sistema de los *sofetim* que salían de la masa por una designación popular equivalente a una elección de Jehová, estaba mucho más conforme con el espíritu de aquel culto. Siempre que se dirigieron a Gedeón para que aceptara el título de rey hereditario de Israel, contestó: «Jehová es quien reina sobre vosotros.» Quizá notara a tiempo las dificultades que más tarde tuvo que afrontar Saúl. La idea de teócrata exaltado que atribuye a Gedeón el Libro de los Jueces no corresponde muy bien a lo tosco que se mostró en el culto, pues el jehovahismo de Gedeón parece que se componía principalmente de las prácticas supersticiosas del *efod*, y estas prácticas nada tenían que ver con los principios severos de los puritanos y de los teócratas que habían jurado odio a la realeza.

Gedeón tenía como todos las ideas religiosas de su tiempo, y muchos actos suyos, calificados más adelante de escandalosos, parecían entonces muy naturales. Quiso emplear en una obra piadosa parte del oro ganado en su expedición, y ordenó fundir con aquel oro un *efod* o imagen de Jehová a modo de oráculo. Aquel *efod*, expuesto en Ofra, se puso de moda, y todo Isarel peregrinaba para consultarlo.

Esto estaba muy mal visto por los jehovahistas más recientes, que pretendían que se debía adorar a Jehová en un solo sitio, sin imágenes materiales que le representaran. Pero Gedeón no creía ofender a Jehová mandando fundir en su honor un símbolo de oro como el contenido en el arca. La idea de unidad de culto no existía en aquella época. El arca estaba en Betel o en Silo, bastante lejos de Ofra, y entre pueblos rivales. Gedeón quizá tuvo más ambición dinástica que la que le atribuye una historia más moderna y pensó en crear un centro religioso, que habría tenido a su disposición. La severidad del historiador sagrado está motivada por haber juzgado a Gedeón según reglas de época distinta. Verdaderamente el Jehová de Gedeón no fue aquel cuyo culto prevaleció más adelante. Era una máquina que servía para ganar mucho dinero, porque los peregrinos pagaban sus contestaciones, hecho que acrecentó la opu-

lencia de Gedeón. En su tiempo no se le censuró por la construcción del efod. Vivió feliz, murió muy viejo, y fue enterrado en la tumba de su padre Joas.

Gedeón significó en Manasés y Efraím un poderío tan grande, casi real, que su herencia fue disputada como la de un rey. Su numerosa familia quiso ejercer en Ofra la hegemonía que el *sofet* manaseíta había conquistado, pero pronto surgió la oposición. Un bastardo llamado Abimelek, hijo de Gedeón y de una cananea de Siquem, se mostró con sus hermanos de Ofra muy hostil. Cananeo y siquemita por parte de madre, se hizo campeón de las pretensiones de Siquem y de la tribu de Efraím contra los abiezritas de Ofra y consiguió su objetivo. Los siquemitas le dieron dinero del templo de Baal Berit, cuyo culto debía de practicar. Con este dinero, armó Abimelek a una serie de gentes perdidas y capaces de todo, que se declararon dispuestos a seguirle hasta la muerte. El primer crimen que cometieron fue el asesinato de los hermanos de Abimelek, menos Jotam, que logró ocultarse.

Siquem era una población medio cananea y medio israelita. Abimelek tenía que serle grato. Su nombre indica que se había consagrado religiosamente a Moloch o Milik, lo cual demuestra un gran eciecticismo. Fue proclamado rey, y su realeza, que duró tres años, fue casi exclusivamente efraimista, y se la atacó en el mismo Siquem. Los supervivientes de la familia de Gedeón siguieron proclamando la indignidad de Abimelek y amotinaron la opinión contra aquella monarquía aventurera, dando a entender que los hombres que valen evitan el peso de gobernar a los hombres, y que únicamente lo desean echar sobre sus hombros quienes nada tienen, y creen que saldrán de todos los apuros con fanfarronadas baldías. Efectivamente, no tardó en desacreditarse esta monarquía improvisada. Los esbirros de Abimelek se dedicaron al bandolerismo en las gargantas de las montañas, sin que se les pudiera impedir. Los siquemitas, en los banquetes que daban en el templo de Baal Berit, después de los sacrificios, despotricaban contra Abimelek. Éste dejó la ciudad y fue a vivir a Aruma, a dos leguas al Sudeste, dejando por lugarteniente a un tal Zebul. Gaal, hijo de Ebed, extranjero influyente, se puso al frente de la oposición y osó entrar en campaña contra Abimelek. Éste le derrotó y tomó la ciudad baja de Siquem, contra la que ejerció cruel venganza. Los de la ciudad alta se refugiaron en los hipogeos del templo de Baal-Berit. Abimelek mandó cubrir el terreno de ramas verdes, a las cuales se prendió fuego, y los desdichados se ahogaron con el humo.

Más tarde rodeó a Tebessa, a cuatro leguas al Norte de Siquem. Los habitantes se metieron en una fortaleza en el centro de la ciudad, llenos de inquietud. Abimelek se acercó a la puerta para prenderle fuego, y una mujer le tiró desde arriba una piedra de molino que le rompió el cráneo. Abimelek llamó al soldado que llevaba sus armas y le dijo: «Saca la espada y mátame para que no pueda decirse que me ha matado una mujer.»

De este modo terminaron los intentos poco serios de realizar un poder estable en Israel. La ineptitud de Abimelek los hizo fracasar. A los ciento

cincuenta o doscientos años surgiría un hombre que reuniese el heroísmo guerrero de Gedeón y su osada política religiosa, con la maldad de Abimelek y su arte para rodearse de bandidos. David tenía que ser un Abimelek más diestro y más afortunado. Jerusalén haría lo que no logró Siquem. Judá había de triunfar en lo que fracasó José.